

LOS PASEOS DE LODOVICO

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad:
Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica:
Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta
calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad:
Decreto número 759 del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia.
Reconocimiento de personería jurídica: Resolución número 75 del 28 de junio de 1960,
de la Gobernación de Antioquia. Acreditación institucional:
Resolución 1680 del 16 de marzo del 2010, Mineducación.

Universidad Nacional de Colombia | Vigilada Mineducación. Creación de la Universidad
Nacional de Colombia: Ley 66 de 1867. Acreditación institucional de alta calidad:
Resolución 2513 del 9 de abril del 2010, Mineducación. Régimen orgánico de la
Universidad Nacional de Colombia: Decreto 1210 de 1993.

· R E L E C T U R A S ·

LOS PASEOS DE LODOVICO

ERNESTO VOLKENING

Prólogo de Santiago Mutis Durán

Universidad de los Andes
Universidad EAFIT
Universidad Nacional de Colombia

Volkening, Ernesto, 1908-1982

Los paseos de Lodovico / Ernesto Volkening: prólogo de Santiago Mutis Durán. - Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura, Ediciones Uniandes: Universidad Nacional de Colombia, Vicerrectoría de Investigación, Editorial Universidad Nacional de Colombia; Medellín: Universidad EAFIT, 2019.

xlii, 166 páginas; 14 x 21 cm. - (Relecturas)

ISBN 978-958-774-814-7

1. Ensayos colombianos - Siglo XX 2. Antwerp (Bélgica) - Descripciones y viajes I. Mutis Durán, Santiago, 1951- II. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Artes y Humanidades. Departamento de Humanidades y Literatura III. Universidad Nacional de Colombia. Vicerrectoría de Investigación IV. Universidad EAFIT V. Tít.

CDD 864.4

SBUA

Primera edición: Librería Cosmos y Ediciones Sierra Madre, México, 1974

Esta edición: agosto del 2019

© Ernesto Volkening (1908-1982)
© Santiago Mutis Durán, del prólogo

© Universidad de los Andes,
Facultad de Artes y Humanidades,
Departamento de Humanidades y Literatura

© Universidad EAFIT
Carrera 49 n.º 7 Sur-50
Medellín, Colombia
Teléfono: (4) 2619500, ext. 9801
<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

© Universidad Nacional de Colombia,
Vicerrectoría de Investigación,
Editorial Universidad Nacional de Colombia
Avenida El Dorado n.º 44A-40
Hemeroteca Nacional Universitaria, primer piso, ala oriental
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3165000, ext. 20040
www.editorial.unal.edu.co
direditorial@unal.edu.co

Ediciones Uniandes
Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
<http://ebooks.uniandes.edu.co>
infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-774-814-7
ISBN e-book: 978-958-774-815-4

Corrección: Daniela Echeverry
Diagramación de páginas interiores: Samantha Sabogal
Diseño de cubierta: Nefthalí Vanegas

Impresión
Panamericana Formas e Impresos S. A.
Calle 65 n.º 95-28
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 4302110

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de las editoriales.

CONTENIDO

- IX.** FELICES HALLAZGOS Y AMARGAS VERDADES
Santiago Mutis Durán
- XXXI.** BIBLIOGRAFÍA
- XXXIII.** CURRICULUM VITAE
- XXXV.** CRONOLOGÍA
 - 1.** LOS PASEOS DE LODOVICO
 - 5.** I. Amberes, reencuentro con una ciudad
y un rostro
 - 85.** II. Los paseos de Lodovico
 - 133.** III. Diálogo sobre el fenómeno del *déjà vu*
 - 157.** IV. Extramuros
 - 161.** V. Hallazgos

Felices hallazgos y amargas verdades

Santiago Mutis Durán

ERNESTO VOLKENING

*La vida tan libre y artística, tan diferente
de cuanto se ve en otras partes del mundo.*
Vincent van Gogh, Amberes (1885-1886)

*Allí trabajábamos, revisando la mitología,
dándole vueltas a una fábula y construyendo castillos en el aire
para los que la tierra no ofrecía un fundamento digno.*

H. D. Thoreau, *Walden*

La revista *Eco* de la librería y galería de arte Buchholz de Bogotá presentó en junio de 1969 el texto de Ernesto Volkening sobre Amberes, su ciudad natal, con el que poco más tarde iniciará su libro *Los paseos de Lodovico*:

Ernesto Volkening ha sido el más valioso colaborador de *Eco*, a través de sus nueve años de vida. La revista publica hoy con orgullo y reconocimiento la primera parte de «Amberes: reencuentro con una ciudad y un rostro», texto en el que están presentes de lleno sus dones...

[X] El señor Karl Buchholz, galerista, comerciante y el librero que mantuvo la publicación mensual de *Eco* durante veinticinco años, se refiere a don Ernesto al ocurrir su muerte, en 1983 —*una pérdida grande para nuestro mundo intelectual*—, como «pensador y artista», un escritor *profundo* «de un gran conocimiento del movimiento literario de nuestro siglo...»¹.

Veintiún años antes, don Ernesto publicaba «Dos figuras arquetípicas de la Edad Media», su primer ensayo en la revista, en la que había «colaborado asiduamente como traductor», y de la que sería su director durante dos años, tiempo que aún no hemos terminado de asimilar². Else Goerner, jefe de Redacción, así lo presentó en aquel enero de 1962:

Ernesto Volkening nació en Amberes, de padres alemanes. Estudió derecho en las universidades de Hamburgo, Fráncfort, Berlín y Heidelberg, se especializó en derecho internacional público y se doctoró en la Universidad de Erlangen con una tesis sobre el asilo diplomático. Desde 1934 vive en Bogotá. Sus excelentes trabajos literarios —ensayos sobre Hesse, Thomas Mann, Franz Kafka, T. H. Lawrence, Ernst Jünger, Felix Hartland y otros—, sobre la vida y obra de C. G. Jung e historia del cine, notas críticas sobre literatura y artes plásticas, además de algunos cuentos, se hallan dispersos en revistas y periódicos. Como crítico de cine comenta películas en la Radiodifusora Nacional de Colombia y en el diario *El Tiempo*...

- 1 «Extranjeros en Colombia». Entrevista de Policarpo Varón. *Gaceta-Cultura* n.º 43 (1984): 21-23.
- 2 Sobre el subtítulo de *Eco: Revista de la Cultura de Occidente*, dice E. V., como director en su primer editorial: «La Cultura occidental es una enferma en plena crisis» (1971).

Todo cuanto escribe don Ernesto tiene un tramado personal [XI] —¡muy personal!— y un entramado de tiempos que enriquece y abisma el tema que trata. En la primera noticia sobre él, que nos da la revista *Eco*, doña Else menciona aspectos de su formación que ya hemos olvidado. Su conocimiento de la Ley, o, mejor, de su difícil y muy accidentado —quijotesco— nacimiento, y legitimación imposible en medio de intereses encontrados³; la temprana vocación literaria de quien hoy conocemos exclusivamente como ensayista —como si este no fuese un género literario—⁴ y su prolongado estudio (1947-1961) de las estructuras narrativas creadas o desarrolladas por el cine⁵. Pero ninguna de las tres fue olvidada por el ensayista. Todo lo contrario. Como

- 3 Volkening tradujo al castellano y publicó su tesis doctoral en 1981, salpicada con su personalidad, secretos comentarios e ironía:

«La literatura nada dice sobre la aplicación del asilo diplomático en territorio mexicano, pero relata que en 1877 el general F. O. Arce, adversario de Porfirio Díaz, quien en ese mismo año se posesionó de la Presidencia, se había refugiado en el consulado norteamericano de Mazatlán y que, en ausencia del cónsul, fue tomado preso por un destacamento armado. El ministro de Estados Unidos, Foster, protestó mas a lo que parece, no por infracción del “derecho” de asilo, sino contra la violación de la inmunidad consular.

»Cuando Porfirio Díaz fue derrocado después de gobernar durante casi cuarenta años, encontró asilo, con dos amigos y el corresponsal del *New York Herald*, a bordo del navío de guerra norteamericano *Wheeling*».

- 4 El 23 de marzo de 1954, don Ernesto anota, por ejemplo, en sus Cuadernos: «Material para un cuento macabro: dos hermanas solteras que desde la infancia han vivido juntas se adulan y no pueden estar separadas ni un solo día, pero poco a poco se asesinan, mágicamente, la una a la otra. Por arte de magia mueren, víctimas de los malos pensamientos que ninguna de ellas osa confesarse a sí misma».
- 5 Solo tenemos a la mano para poder sopesar el excepcional conocimiento de Volkening sobre la historia y las formas narrativas cinematográficas (de las que tal vez sea el primero y más profundo crítico) su análisis, de hondo alcance, de la película *Orfeo* de Jean Cocteau, recientemente incluido en el aparatoso libro *La crítica de cine. Una historia en textos*, compilado por Ramiro Arbeláez y Juan Gustavo Cobo Borda (Bogotá: Primiágenes Colombia y Universidad Nacional de Colombia, 2011).

[XII] dijo su editor, sorteando la inmensa dificultad de definir tan extraordinaria amalgama: «pensador y artista».

Estas notas manifiestan, en su contenida admiración y fría parquedad, la invencible dificultad de definir y analizar una escritura tan llana y penetrante, compleja, como la de este inesperado y singular ensayista, que en *Lodovico* se permite sumarle al género una libertad más: la literaria.

Como el mismo Volkening dice, al aproximarse en sus paseos a la vetusta catedral de la ciudad de Amberes: «Esta iglesia no es de las que se descubren así no más, sin preliminares ni rodeos...». Así son sus ensayos, y este en particular, si es que lo es.

Tal vez por estas particularidades Volkening no ha encontrado muchos editores capaces de ordenar en libros sus innumerables ensayos. El primero fue en México, hace 45 años, en la Asociación de Estudiantes de Arquitectura del Tecnológico de Monterrey⁶, que publicó el que sería su primer libro, estos paseos de Lodovico, cuyos originales habían llevado desde Colombia manos amigas, Álvaro Mutis (quien tuvo por casa de infancia un internado en Bélgica), miembro de otra de estas sorprendentes asociaciones «multiprofesionales» mexicanas. Escritores, editores, poetas, arquitectos..., según parece, tienen en otros países vocaciones convergentes, conscientes de que pertenecen a una misma cultura: cuidar la vida. Y eso fue lo que vieron los mexicanos en el libro de Volkening: un hombre lúcido ante la Ciudad, capaz de revelar muchos de sus intrincados secretos y peligros. Una manera de proceder desconocida o escasamente practicada en Colombia —me refiero a la asociación «multitalentos»—, que, digamos, es —¿fue?— un claro acto de civilización.

6 Asociación fundada en 1957 que creó la *actividad* «Poesía en el mundo», en la que se incluirán, como volumen extra, *Los paseos...* de Volkening.

Los paseos de Lodovico son, pues, las caminatas de un «tragami- [XIII]
llas», un excepcional transeúnte —animal en vías de extinción—
hacia un tiempo encantado, igualmente en vías de extinción
—¿que es de lo que trata este libro?—: el tiempo de la infancia.
Comienza como un diario en Amberes el 20 de junio de 1968,
«tratando de descifrar el secreto» de esas vidas, y de toda vida,
atrapadas en rituales que tal vez, como cualquier cifra humana,
parezcan «ininteligibles para los profanos». Están aquí, en tercera
persona, los únicos datos que tenemos de la vida de este infa-
tigable y apasionado caminante, uno de los más penetrantes y
completos ensayistas que ha tenido Colombia.

Al poeta Giuseppe Ungaretti le parecía «extraordinario» que
Vermeer (el pintor de la *Vista de Delft* —la ciudad donde nació—,
el cuadro *más bello del mundo*, en el sentir de Marcel Proust) se las
hubiera ingeniado para no dejar, como hombre, ninguna huella
de sí mismo. Sus biógrafos han visto cómo, ante sus pesquisas,
todas las puertas se cierran solas. El mismo *ingenio* vemos en
Volkening. Nunca sintió la grosera tentación de encumbrarse
o de ganarse el reconocimiento de un público anónimo, al que
desaprobaba. Así, ellos han querido dejarnos solo sus obras. Rara
actitud en una época como la nuestra que se amontona en las
vitrinas a ver arder su tiempo en una última y desesperada exhi-
bición de lo que le resta de intimidad. El gran tema de Vermeer.
Quien, dicen, «buscaba la luz» (G. U.)⁷.

Podríamos imaginar a don Ernesto frente a un canal en Delft
contemplando la luz de la tarde que roza apenas sus aguas, cami-
nando por sus calles como hacemos en sueños, o reconstruyendo
después la vieja ciudad, piedra por piedra, con toda meticulosidad

7 Giuseppe Ungaretti, «Introducción» a *La obra pictórica completa de Vermeer*. Clásicos del Arte, 6. (Barcelona: Editorial: Noguer y Rizzoli Editores, 1968).

[XIV] y cuidado, para que no desaparezca —con la vida que propicia y protege—, y pensando, tal vez, como dice Ungaretti, que lo sencillo es «la exacta medida de la profundidad». Pero debe «examinarse mejor este aspecto», dice siempre don Ernesto. Que es precisamente lo que hace en este libro, como en todos sus escritos.

También lo pensó Ungaretti, al hablar de Vermeer de Delft, de su insondable quietud y de su luminoso silencio y ensimismamiento: «Afirmar la indeterminación de la poesía, impulsándola a salir a la superficie».

LODOVICO

*En lugar de respuesta
surge un nuevo interrogante.*

E. V.

*[...] la necesidad de acuñar nuevas nociones
e inventarnos nuevos medios de interpretación.*

E. V.

Desde el primer renglón de *Los paseos de Lodovico* nos encontramos frente a frente con la manera —ya dijimos, singular— de escribir, pensar y expresarse del autor. La ciudad será la de su infancia y el rostro el de su padre: «Para mí tengo —dice Volkening en otra parte— que hay hijos de padre e hijos de madre..., fallos inapelables que dicta nuestro inconsciente». Para todos nosotros la Ciudad es femenina, dice don Ernesto, pero para él —«curioso es el alemán»— la ciudad natal es «ciudad padre», como también es masculina la Luna, así como es femenino el Sol. Aquí se esconde un secreto del «alma tudesca», y del mismo Volkening, quien ha *vuelto* a la ciudad de su infancia —¿como el hijo pródigo?— tras su padre, ya muerto. Propone don Ernesto un difícil

escudriñamiento de ensayista en semejante laberinto, y a renglón [XV] seguido renuncia a «abismarse en tales profundidades», pero no él, sino el personaje que acaba de crear ante nosotros con esta casi imperceptible diferencia de criterios, pues *lejos* anda Lodovico de tales preocupaciones. Como en «el gran» escritor belga Franz Hellens, estudiado por Volkening, su libro aborrece «las falsas síntesis y la armonía falaz, la personalidad *monolítica* vaciada en moldes de yeso». De aquí parte la «novela» de Volkening —que no lo es— para dar comienzo a la amigable tensión entre él y su personaje, Lodovico —que es él mismo—: «El apasionado diálogo de voces en discordia», dice Volkening, el ensayista, sobre una novela de Hellens, «hijo de padre» como él, a quien «se elige, [pues] incluso el padre carnal es padre adoptivo», elegido, como en el caso también de Lodovico.

En Hellens, al igual probablemente que en Volkening, esta *tensión* proviene de la misma cultura flamenca, del cruce de sangres, de braceros y burgueses, de los temperamentos mal avenidos de padres y linajes, de él mismo, de la escisión del tiempo... y de los «matices [y] medios tonos» diferentes «indispensables para abarcar la polifacética riqueza del mundo real», como de él dijo Achury Valenzuela.

De manera que el autor, Lodovico, el padre y la ciudad se fundirán, como la «novela» y el «ensayo», en uno solo, conservando sus identidades. Y así, comienza la vida de la ciudad, de sus alrededores y extramuros, del puerto, del río, de «los grandes barcos que bajaban rumbo al mar», de invisibles orquídeas de otro tiempo que llenaban la penumbra de las bodegas de los vapores con su aroma a vainilla y a selva, «del antiguo Mercado», de las torres góticas, del niño que camina junto a su padre por la carrilera del tren, de las conversaciones —en vivo o por escrito— sostenidas con Lodovico, desprendido de Volkening como una obsesión.

Don Ernesto se ha dividido para no decir «mi padre», «yo», el niño que fui, mi casa, mi ciudad, etc.... sino «don Pedro», «el

[XVI] progenitor de Lodovico»... Una pudorosa y larga vuelta para poder permitirse al final también decir, *simplemente*, «papá». También su padre se escindirá y entre el alemán emprendedor que fue y el europeo que ha regresado ensimismado del trópico, en el que murió, se abrirá una grieta, sombría, melancólica, que heredará su *bijo*, Lodovico, al fundirse con él en la «nueva identidad de padrehijo» alcanzada en la madurez. Suena algo intrincada esta trama vital, sicológica, temporal, histórica —y en verdad lo es—, pero no en la escritura de Volkening, diáfana, humana, totalmente comprensible, fresca y segura... pero insondable para quien trate de explicarla, intento inútil que mostrará solo su apretada maestría y el *esfuerzo intelectual inmenso* de don Ernesto en una escritura y una composición imposibles de deconstruir.

Al dar Volkening todas las coordenadas de tiempo y lugar de un suceso, no digamos histórico sino palpable (o casi), pretende —y logra— mostrar sus encadenamientos, los que con tanta fidelidad recoge su estilo, y que son sus *claridades* sobre la vida, lo mismo en la historia del hombre, de sus ciudades, su intimidad o los sucesos de la naturaleza: nada está aislado y nada termina...⁸. El tiempo barrerá a su paso la hojarasca para dejar al descubierto aquellos ínfimos sucesos, como semillas de constelaciones: son las *palabras* mágicas que abrirán las compuertas del tiempo, y sus pasadizos secretos, la luz de la puerta abierta al fondo del corredor, el «Ábrete Sésamo» del universo de nuestra memoria.

Don Ernesto relata, cuenta, reflexiona, y a veces todo al mismo tiempo, buscando siempre, y en todo, digamos, el árbol genealógico. Eso lo hace exclamar (y a nosotros con él): «¡Demonios, estamos nadando en un mar de asociaciones!».

8 Anota don Ernesto en sus Cuadernos: «Spengler en *Urfragen*: “¿Qué quiere decir causalidad? ¿No existe hecho que no presuponga necesariamente todo pasado del mundo?”», 1967.

No se trata, pues, solo de «un estilo», sino de un pensamiento, [XVII] que ha hecho un trabajo descomunal —asombroso— para lograr darle armonía y coherencia a su expresión, a su admirable síntesis, concretada en un estilo... el único capaz de recoger la dificultad natural que hay en todas las cosas, si les seguimos el rastro.

«Estilo» y pensamiento son en él, entonces, una indisoluble y única cosa, una fusión... una vocación literaria, sin duda, *sui generis*, para poder encaminar su libertad y vigor intelectual hacia la verdad de algo tan impreciso, desconocido, misterioso, contradictorio e inasible como es el hombre.

Creo que a esto se refiere don Ernesto cuando dice auscultando la ciudad, «las ciudades que vi —¡y fueron muchas, a fe mía!—»: «[no] sabría decir qué voz lejana me llamaba...».

Como en tantos textos modernos, muchos de sus escritos podrían comenzar y terminar con puntos suspensivos... ¡La vida sigue!

Hizo don Ernesto —años ha— una observación sobre cierta narrativa de García Márquez que al final «explica» este aspecto *fragmentario* que podemos encontrar en su indefinible, inclasificable libro de *Lodovico*. Decía Volkening del *mejor* de aquellos cuentos que tal vez defraude en su «cándida esperanza» a muchos lectores con su abrupto final, su *no cerrar con broche de oro*, su «metafísica incertidumbre», su carácter posiblemente fragmentario o «inconcluso», su dejarnos con «un pie en el aire» en lugar de dar la tan anhelada seguridad, y, lo peor, no ofrecer consuelo ni llenar con «los habituales sucedáneos... la perdida integridad del ser». De esto es precisamente de lo que nos habla don Ernesto.

Uno que otro crítico les ha reprochado a sus escritos la dificultad del «estilo», largo, lento, demasiado abarcador. Por ejemplo, el traductor y ensayista Valencia Goelkel protestaba: «Volkening no sabe escribir corto ni un telegrama». ¡Ay, aquellas antiguas

[XVIII] píldoras de ingenio! Parece esta solo una opinión inofensiva, una ligereza, impaciente, perezosa, pero no fue solo eso. Si ponemos en «verso» el falso telegrama de Valencia y lo vamos podando hasta dejarlo en el hueso pelado de su contenido, veremos en lo que se convirtió: una malévola y subliminal censura histórica:

Volkening no sabe escribir corto ni un telegrama

Volkening no sabe escribir corto...

Volkening no sabe escribir...

Volkening no sabe...

Volkening no... [¡!]

El juego de la frase, convertir en chiste una demolición, nos deja solos. Peor aún, nos propone un pésimo trueque: dos mil páginas pensantes, independientes, luminosas —que fortalecen «la conciencia crítica en una época notoriamente propensa a debilitarla», y escritas en plena dictadura positivista— a cambio de una celebración de la propia acritud e incapacidad de sentir y expresar aprecio (renunciando a la responsabilidad y a la obligación de estudio y valoración justa). No se pueden meter cuatro tomos de ensayos en una frase sino a las malas, con trucos de café e ingenio de lapidario (pobrezas de sepulturero).

Por esta extraña razón no se le incluyó nunca en la revista *Mito*, apartándolo así de casi toda una generación colombiana y latinoamericana de ensayistas; *moderna* y en algunos casos penderciera, era de todos modos ajena a la manera y al pensamiento de Volkening⁹.

9 Se sabe que también al escritor Hernando Téllez se lo castigó, póstumamente, no con una *broma* como esta sino con un *elogio*, que aún no ha terminado de pagar, perdiendo solo nosotros. «Elogio» del que solo hasta ahora, cincuenta años después, hemos comenzado a rescatarlo.

Cuenta el crítico Carlos Rincón en su «Prolegomena» a *Crítica literaria 1*, de Hernando Téllez (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2017):

De este mismo *estilo* dijo celebratorio y fraternal Darío Achury Valenzuela: «Gozo indecible... para la mente y el espíritu». [XIX]

Precisamente es el profesor Achury Valenzuela, en su prólogo al segundo tomo de los *Ensayos* de Volkening, *Atardecer europeo*, quien descifra su escritura y los obstáculos que otros encontraron insalvables alguna vez:

Cada uno de sus estudios críticos es como un río que en su carrera caudalosa va ramificándose en innumerables raudales por donde fluyen temas afluentes, disquisiciones eruditas, perspicaces puntos de vista, reparos a ocasionales omisiones, coincidencias y divergencias, inesperadas conclusiones, todo un sistema orográfico, en fin, que insensiblemente conduce al lector a un territorio de alucinantes sorpresas intelectuales.

»Bajo la superficie de un estilo límpido y riguroso, circula una soterrada corriente que al aflorar a la superficie nos muestra una espléndida densidad, pero que al mismo tiempo —¿por qué no decirlo?— conturba al desprevenido lector por los imprevistos sesgos que ella

«Una única caracterización de la obra de Téllez, como consigna susurrada al oído y continuo *ritornello*, abrió las compuertas a la execración. La proporcionó el prólogo de Alberto Lleras Camargo al libro *Confesión de parte (Literarias, Sociales, Notas)*, publicado póstumamente en 1967 por el Banco de la República, una vez tomó los arreos de supremo y desgarrador elogio fúnebre». Y cita don Carlos: «Hernando Téllez murió sin haber escrito una obra para la cual se venía preparando con un hondo pensar, un activísimo leer y una soledad maduradora... Tenía el estilo, la afición, el dominio técnico para ser un novelista, y no pasó del relato. Sus ensayos habrían...» etc., hasta descartar al ensayista, sepultar al cuentista... y acabar con todo un escritor. Años después, ahorrándonos amor, gratitud, admiración e inteligencia, y sobre todo su lectura, una nueva *crítica* declaró esta sentencia, proferida indudablemente por «un animal de sangre fría», «el mejor estudio sobre Hernando Téllez, [renovando] su cuevera». Con razón Carlos Rincón habla de *elogio fúnebre*.

[XX] va tomando al desplegar su fascinante variedad, sus diversos y sutiles matices, sus múltiples rumbos, sus sorprendentes conclusiones. Por eso, y por mucho más leerlo es gozar de un deslumbrante espectáculo intelectual. Siendo meridiana su expresión... sin embargo, exige ella casi siempre el ejercicio de la relectura: tan varios y divergentes son los rumbos que la primera lectura nos abre, que de primer intento es imposible una elección. La atención como que se dispersa al primer impacto y requiere de inmediato un esfuerzo de reconcentración, que solo se logra con una segunda y hasta con una tercera lectura, para resumir en un solo haz la complejidad de sugerencias en un texto único. (1976)

Sin embargo, esta manera ejemplar de abordar su obra que hace el escritor Achury Valenzuela no despejó del todo los reparos ni los prejuicios que la academia cultiva, que creemos son algunos de los mismos peros que en un principio se le encontraron al escritor Walter Benjamin: su «estilo», su independencia y, sobre todo, por supuesto, su pensamiento. Como el mismo Volkening lo expresa en *Lodovico*: «Creo que un acto trascendente, lejos de ser fruto del libre albedrío, se determina, como todo lo importante que hagamos o dejemos de hacer en la vida, por nuestra disposición innata —y la mía me lleva en una dirección divergente de las inclinaciones predominantes del siglo— ¡Y de sus intereses!

Comenzando por lo de «trascendente» o la «disposición innata», o aquello de «dirección divergente»... creemos ver el porqué del «olvido». O, como apunta en uno de sus Cuadernos: «Nosotros que no hacemos migas con el siglo, lo sentimos de una manera existencial más profunda, por decirlo así, en carne viva...» (1953).

La manera abarcadora y *personal*, inclasificable, de la escritura de Volkening, que atrajo a pocos editores¹⁰ y algunos reparos o prevenciones a su «estilo», mereció al mismo tiempo una profunda admiración, siempre por las mismas razones; tal vez la última la anota en su prólogo Achury Valenzuela al decir que su fértil escritura desemboca toda en el presente, «dramático, conturbado y confuso». En cuanto al asunto de «lo personal», el ensayo lo ha perdido, pero era ya viejo en Colombia en los años veinte, o antes, cuando lo vimos asomar, por ejemplo, en la mano sabia y segura del Ramón Vinyes de la revista *Voces*. [XXI]

El filólogo catalán Jordi Lladó i Vilaseca¹¹, en un reciente resumen biográfico de don Ramón, «comentarista literario de amplio compás», lo cita hablando de la crítica que hacían en *Voces* (1917-1920), que pretende elevar este oficio a una categoría por encima de «viejos conceptos». Cuando don Ramón —dice Lladó— escribe a propósito del colombiano César A. Torres, destaca la diferencia entre nacer crítico y *llegar a serlo*:

Los que nacen críticos son seres sombríos que saben todas las ediciones que se han hecho de una obra, todos los que han comentado una obra, pero que no

10 En 1998 la Editorial Ariel publicó en Bogotá una antología de ensayos y de textos de sus cuadernos (240 páginas) con el nombre de *Evocación de una sombra*, título de su ensayo sobre la novela *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad, incluido en una publicación de obsequio navideño realizada en México por el Fondo de Cultura Económica en 1973-1974, acompañado de poemas y pequeños textos de Álvaro Mutis, Jomí García Ascot, Policarpo Varón y presentados por Carlos Monsiváis con dibujos del pintor mexicano Gabriel Ramírez.

En el 2004 la Universidad de Antioquia publicó, sin ningún trabajo editorial ni mucho criterio, valiosos textos de sus cuadernos publicados en la revista *Eco*, reunidos bajo el título *En causa propia*, en una edición descuidada y plagada de errores.

11 Autor del libro *Ramón Vinyes: un home de lletres entre Catalunya i el Caribe* (Barcelona: Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, 2006).